

TEXTO NARRATIVO BREVE

Refracción de una luz

Diego Pérez García

Ilustraciones: Joséphin Bastière



FAUNA
2019

Esta obra obtuvo una mención especial en el
área Texto narrativo breve en el FAUNA 2019

El primer día, a primera hora, el cuerpo todavía conserva algo de calor. Alrededor del cuello, una cuerda gastada sostiene la cabeza, justo a la altura de la ventana, ladeada a la izquierda casi sobre el hombro, parece como si ella observase, con cierta curiosidad, el día que apenas empieza. El sol se ha ido levantando y, a través de la ventana, ilumina la habitación con una perfecta gradualidad: primero avanza trazando una línea horizontal en el techo; llega al grueso nudo que a ella tanto le costó aprender a hacer; la luz, en ese barrido horizontal, sigue bajando por la cuerda hasta perderse en la opacidad de los rulos negros que heredó a su hija; cuando el sol llega a los ojos, encuentra dos pupilas vacías que le aguantan la mirada, sin encogerse, como nadie ha podido hacer.

Cuando el sol termina de salir por el horizonte, deja atrás la gradualidad e invade la habitación y el cuerpo enteros desde el nudo sobre la cabeza hasta el banquito tirado bajo los pies. Vista de frente, por la hora y por la quijada que también cuelga, sería fácil pensar que está bostezando. Los brazos flácidos al costado ya solo responden a la fuerza de gravedad, que ha ido acumulando fluidos en las uñas moradas de los dedos, y sus pies descalzos hacen unas puntas perfectas, como si por fin hubiera cumplido su sueño de ser bailarina.



Hace tan solo unas horas, cuando la mujer dio ese último paso desde la altura casi siempre segura del banquito, pataleó durante un par de minutos como solía hacer en sus clases de natación, solo que esta vez flotando en el aire y no en el agua. Incluso ahora, el cuerpo vuelve a sacudirse, aunque eso responde más a descargas eléctricas que le sobraron a su sistema nervioso y no tanto a un póstumo deseo de vivir. Aunque eso el gato no lo



sabe, entonces interpreta las sacudidas intermitentes como un cascabel gigante que lo provoca cada tanto. Se acerca cauteloso, como solo sabe hacer un depredador, pero antes de iniciar el ataque descubre que, si pasa su lomo rozando contra esas uñas largas que no han parado de crecer, lo acarician con una rigidez que nunca había sentido.

El tercer día, a pesar de que están cerradas todas las puertas y ventanas, el cuerpo ha ido rotando, como si ella se aburriese de ver el paisaje por la ventana. Adentro, el aire está denso, fangoso; un mediodía en verano no se mezcla bien con los vapores que el cuerpo ha liberado. Además, para aliviar la hinchazón que comenzó la primera noche, el cuerpo también despidió una materia casi líquida. Las flores que antes le solía llevar aquella hija de rulos negros fueron presa fácil para el gato, que pudo aliviar el hambre, mas no la sed, porque ni en la desesperación se ha atrevido a probar eso que se acumula bajo los pies de su dueña. Pero eso no quiere decir que

el animal se haya dado por vencido: las paredes, las dos puertas, la de la habitación y la de la calle, están llenas de rasguños de un metro de largo, incluso hay mordidas desperdigadas por las paredes; esas marcas servirán para reforzar la hipótesis de que ella olvidó dejar algo abierto por donde el gato pudiese escapar. Nadie se podrá explicar cómo tardaron tanto en darse cuenta, en encontrarla, con semejante olor que se concentró en esos dos ambientes reducidos a monoambiente. Un par de moscas endémicas sobrevuelan el cuerpo entre la cabeza y el nudo, donde las cerdas, por lo gastada, ya han empezado a ceder.



En el atardecer del sexto día, ya son dos los cuerpos: el más grande, que cuelga ahora más cerca del piso porque cada vez son menos las cerdas que siguen soportando el peso, y el más pequeño, deshidratado, con el hocico incrustado en la apertura entre el piso y la puerta; sus maullidos fueron respondidos solamente con algunos chistidos y maldiciones de vecinos que querían dormir. Desde la noche anterior, alguien llama dos o tres veces cada hora. La esperanza de que alguien atienda prolonga el tiempo que suena el teléfono, que termina convirtiéndose en el único latido del monoambiente. Si bien el sol ya no se ve por la ventana, el resplandor del atardecer se refleja en los vidrios de los edificios de enfrente y tiñe de anaranjado la habitación. A ella siempre le quedaron mejor los tonos cálidos; por eso, la hija solía regalarle bases y rubores cada vez que la visitaba.

La llegada de la noche es lo único que da vida a la escena. Los cientos de bichitos alargados que los dos cuerpos han ido produciendo se disputan el alimento con las filas y filas de hormigas que, desde hace ya varias horas, no paran de salir de entre los zócalos.

Un minuto antes de la medianoche, las últimas cerdas revientan y, con un latigazo, la desgastada cuerda se rompe. El cuerpo se desploma y cae en el piso haciendo un ruido seco. El impacto levanta el polvo acumulado de una semana. Unos minutos después de la caída, o en el comienzo del séptimo día, por fin descansa el polvo asentándose sobre los dos cuerpos, descansa el nudo de la cuerda que tanta presión cargó, descansan el gato y su sed, y, finalmente acostada, también descansa Cecilia